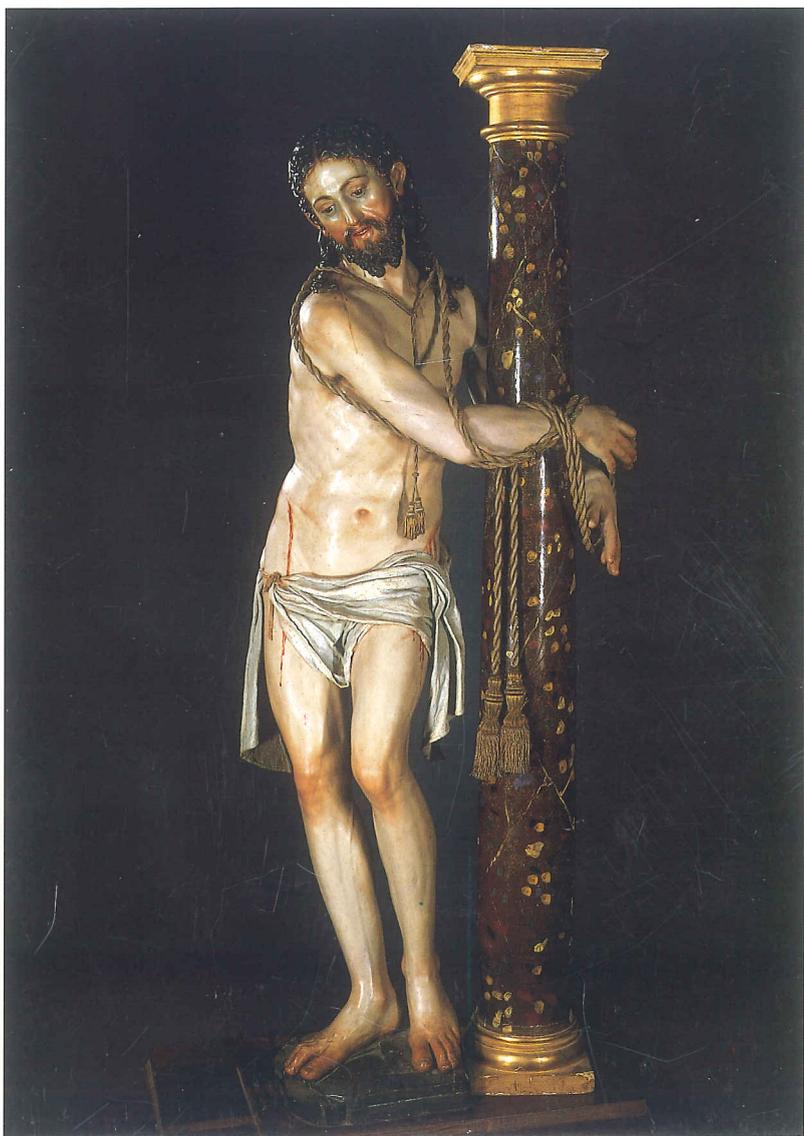


PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

1998



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1998

José Millaruelo Aparicio

Con la colaboración del Centro Iniciativas y Turismo «Ajújar»

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: La Flagelación

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 211.-1998

PROCLAMA:

En el nombre de Dios y de Santa María y del Apóstol bienaventurado señor SAN YAGO, para que sea conocido:

Por los honorables regidores del Concejo, justicias, caballeros, menestrales y homes buenos y señalados de esta muy noble ciudad de Medina de Rioseco y cuantos trajinantes se hallen en camino, que esta PROCLAMA oyeren, que a las ocho y media de la noche de hoy, 4 de abril del año de gracia de 1998, vigésimo tercero que reina nuestro Muy Noble y honrado Señor JUAN CARLOS I: EL REY, ante la imagen de LA FLAGELACIÓN, por orden de la VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, cofradías penitenciales y pueblo fiel, congregados en la iglesia conventual de Santo Domingo, pronunciará, según secular costumbre, el pregón de nuestra Semana Santa, el Ilustrísimo Señor Don JOSÉ MILLARUELO APARICIO, Cofrade de la Hermandad de la Flagelación.

Item más, y para la exaltación de los valores espirituales de esta Ciudad, el pueblo, también en la noble lengua castellana, lo divulgará por rúas, solanas, plazoletas y mentideros, llamando al Común a Capítulo, con toque de Pardal y redoble de tapetanes, asumiendo tal encomienda, en oficio público que no en beneficio.

QUE ASÍ SE FAGA Y QUE ASÍ SE CUMPLA

El Notario de las Cofradías lo hizo escribir por mandato del Señor Presidente Don ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ y dio testimonio de ello, poniendo su sello y su signo.

ARCHIVASE EN EL LEGAJOS
CORRESPONDIENTE DEL AÑO DE 1998

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACION

Con autorización expresa del Rvdo. Sr. Párroco de Santa María y Santiago, Don Gabriel Pellitero Fernández.

Muy Ilustre Sr. Alcalde de la Ciudad de los Almirantes, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Cofradías y Hermandades, Hermanos Mayordomos, Presidentes, Señoras y Señores, Amigos todos:

El recuerdo de la Crucifixión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, hechos ocurridos hace dos milenios, son hoy el motivo de nuestro encuentro. Su Muerte y Resurrección son acontecimientos fundamentales en la vida cristiana. Desde la Entrada Triunfal en Jerusalén hasta el día de Pascua, cuantos acontecimientos sucedieron son motivo de incalculables manifestaciones populares que recuerdan la **Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor**.

Vivir «**La Semana Santa en Medina de Rioseco**», es difícil de describir. Con el Pregón iniciamos los actos programados, siempre bajo el prisma de la fe. Sólo actitudes y comportamientos de **fe, esperanza y amor** son propios de nuestra Semana Santa.

Las procesiones riosecanas son conocidas universalmente por la calidad artística y dramática de «**SUS PASOS**». La expresión de angustia y dolor de una Madre ante el sufrimiento de su Hijo, la grandiosidad del Descendimiento, son escenas que no podemos menos que pregonar con respeto y estremecimiento.

Para hablar de todo ello, tenemos aquí al **Ilmo. Sr. Don José Millaruelo Aparicio**. Notario, riosecano consorte y cofrade de «**LA FLAGELACIÓN**», grupo escultórico aquí presente. Conoce nuestras tradiciones y costumbres, lo que unido a sus excepcionales cualidades humanas, propiciará que su relato, como otros lo hicieron con anterioridad, sea fiel reflejo de nuestras vivencias en la representación de la Pasión.

Señor Millaruelo, antes de que tome la palabra, permítame que en nombre de esta Junta Local de Semana Santa y de esta Ciudad, le exprese **nuestro agradecimiento** por su aceptación a la propuesta como PREGONERO del año 1998. Desde hoy, junto al de los que le han precedido en estas tareas, su nombre figura en lugar de honor dentro del protocolo de esta Junta.

Muchas gracias.

ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ
Presidente de la Junta

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1998

Vara Mayor, Excmos. e Ilmos. señores, Hermanos todos.

Al acercarme a esta Tribuna –en esta noche– lo hago reverencialmente, por la importancia y el eco de la labor que me habéis encomendado, del todo punto inmerecida.

En este momento pesan en mi ánimo dos sentimientos: respeto y emoción.

Respeto ante la magnitud de lo que significa la Semana Santa como legado de las generaciones que nos han precedido; cuyo depósito es –en verdad– el tesoro más rico que posee Medina de Rioseco.

Pregonar la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo impone también respeto.

Hacerlo en 1998, rememorando aquel acontecimiento Universal, con fecha fija en la Historia de la Humanidad, es, al menos para este Pregonero, ocasión de testimoniar la Verdad del Mensaje Redentor que Cristo, con su Muerte y Resurrección, nos dejó a todos los hombres.

Emoción; la de quien sin haber nacido en Rioseco, siente que este solar no le es ajeno; que esta vieja tierra es el apoyo de sus raíces. Las piedras y muros de esta aneja y noble Ciudad encierran entre sí una fuerza invisible capaz de convertir en riosecano a quien se deja embriagar por ella.

Y, finalmente, emoción en el recuerdo –ante esta Imagen de Cristo entregado al escarnio de los hombres– a Pedro Hernández Anciones, de quien sus hijos, nietos y biznietos hemos recibido ese legado personal que también vosotros habéis recibido de vuestros mayores y que hace única e irrepitible a nuestra Semana Santa.

El grito desgarrado del Pardal acaba de sembrar, hace escasos momentos, el silencio en las calles y plazas de Medina de Rioseco.

Anuncia severamente –sin palabras– la magnitud de lo que nuestros corazones van a vivir en estos días: La Semana Grande.

A los cuatro vientos digo: que en esta Semana la Ciudad se transforma; la luz clara y cegadora de Castilla, se convierte en Luz Universal que acompaña, como ninguna, la universalidad del mensaje de Jesús; que nuestras Iglesias catedralicias –admiración de viajeros y orgullo de propios– son tra-

sunto del Templo de Jerusalén que edificara el Rey David; que cualquiera de los huertos que circundan sus muros y mansamente bañan las aguas del Sequillo, es el de Getsemaní, aquel en el que Cristo, Nuestro Señor, desgranó su agónica oración al Padre; en fin, que la Rúa mayor es la Vía Dolorosa por donde el Salvador camina hacia el Gólgota con la carga de nuestros pecados a cuestas.

Y no es ello visión alucinada de fanático entusiasmo o imagen literaria destinada a sublimar los corazones; es tan real que como lo han visto otros antes de nosotros y como yo lo he visto, lo veréis también quienes en estos días os acerquéis a los soportales de nuestro solar y daréis, como yo ahora, testimonio de ello para que quede perpetua memoria y ejemplo de la presente y venideras generaciones.

Os preguntaréis: ¿cuál es el secreto de este prodigio que entre estos muros presenta tan singular fuerza? Y yo os digo que en Rioseco, desde los más remotos tiempos que no pueden acreditarse con papeles y hunden su raíz en la memoria profunda de este Pueblo, sus hombres se han juntado para hacer su Semana Santa. Impresionados sus corazones, como aún hoy lo están los nuestros, por la Gesta Unica de Cristo para salvar al género humano, se han juntado en Cofradía, Gremio o Hermandad para hacer realidad el mandamiento del Amor Fraterno que Cristo nos dio.

Y, aún hoy, podéis ver en las proclamas de la celebración de la Semana Santa de este año, nombrado como «Del Mandato» el sermón de la Liturgia del Jueves Santo, en recuerdo del mayor Amor de Cristo para con los hombres, que es su presencia real en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, instituido en la Última Cena.

La vivencia de este espíritu de «hermandad» rezuma en los viejos Libros de Actas de una de nuestras Hermandades en el que puede leerse que ésta se erige y establece para el «mejor servicio y culto de Dios, aumento de la hermandad, bien y utilidad de nuestras almas, convencidos de que debemos procurarlo así, y deseando por lo mismo promover un fervoroso celo en favor de ellas, dando ejemplo a nuestros hijos y sucesores para que nos imiten».

¿Podéis imaginar la Semana Santa de Rioseco sin sus Gremios y Hermandades?

Os digo que no es posible. Y sabed que son tan vivas hoy como ayer lo fueron y como lo serán en el futuro si las jóvenes generaciones que ya despuntan en sus filas saben empaparse del espíritu que las anima. Ved desfilar a los gremios y comprobaréis la certeza de lo que os digo.

Y así será porque del mismo modo que hombres como los que hoy las forman, nuestros antecesores, las constituyeron voluntariamente con el espíritu que ha quedado reflejado, contrataron con los artistas cimeros de cada época para engendrar y mejorar sus pasos, acompañaron con su presencia y oración al hermano que partía de este mundo y socorriáanse mutua-

mente en caso de necesidad, los cofrades de hoy, en 1998, siguiendo su ejemplo mantienen vivo el espíritu propio de cada Gremio o Hermandad.

Es la esencia de la «Tradición», es decir, de la transmisión de nuestra fe y sentimiento de una generación a otra, lo que constituye el fundamento de cada Gremio. En consecuencia, es timbre de orgullo para los mayores, la admisión entre los hermanos de los nuevos vástagos de cada generación, formando una cadena ininterrumpida de generaciones. Apenas recibido el sacramento del Bautismo, comienzan a vivir el espíritu de su Hermandad. Rebosante de orgullo, el Abuelo Pedro vio tres generaciones de su linaje, en las filas del Paso. Qué inmensa satisfacción del designio cumplido.

Tradición que cristaliza en Costumbre; y Costumbre que se convierte en norma de Derecho. Los Estatutos y Reglas por las que se rigen los Gremios y Hermandades de Medina de Rioseco, no acaban con ella porque no hacen sino recoger por escrito la norma vigente marcada por la Historia.

Costumbre que por no escrita no tiene menos valor. Encierra en sí misma la grandeza del Derecho en el que la norma se cumple no sólo porque proviene de la autoridad constituida al efecto para dictarla, sino, sobre todo, porque es aceptada, sin discusión, por aquellos que libremente se someten a ella y la cumplen de generación en generación.

Aquí tenéis, pues, el lienzo sobre el que cada año Medina de Rioseco plasma las singulares escenas de la Pasión, formado por el entretrejo de los vínculos fraternales y gremiales y las relaciones familiares que se entrecruzan en aquellos. No ha de extrañaros, por tanto, que toda la Ciudad se convierta en actor principal de este drama; que los riosecanos que contemplan sus procesiones, no son mero espectador, sino acompañantes de quienes desfilan con túnica, careta y farol; que mecido sobre sus hombros veáis, desde cualquier balcón, la serenidad de Jesús agobiado por el dolor, avanzando realmente por la calle de la Amargura, solo y con la Cruz a cuestas.

Ved a Jesús Nazareno entre el gentío y cómo al hilo de una caída con su Cruz, de aquella ronda han sacado a uno que venía de la huerta, a empujones le han colocado en primera fila del drama para que asuma la tarea de aliviar el peso de la Cruz de Cristo.

¡Nazarenos de Santa Cruz y Santiago!

El intenso bullir de los riosecanos alrededor de sus pasos y escenas tan queridas no es función de espectáculo para divertimento de ajenos: es la vivencia de un Pueblo; es el cuadro colectivo de un sentimiento que no puede morir y que sólo puede comprenderse penetrando en él.

A ello os invito a cuantos individuos de este reino queráis descubrir y admirar el alma de la Semana Santa en Rioseco.

Antes de asomarnos a sus procesiones sabed que los hermanos permanecen en anhelante espera; ya están planchadas las túnicas pendientes del momento de ceñir sus cuerpos y enjugar el sudor del esfuerzo penitente; sabed que se han juntado para «arreglar los lugares o huecos que cada her-

mano ha de ocupar en el Paso»; que la ilusión de aquellos que los portarán sobre sus hombros está impresa en sus rostros –aquí podéis verla– y trasciende a las conversaciones cotidianas...

En suma... que es Semana Santa; que nuestros corazones la presienten; el sonido del pardal y los tapetanes, aún en silencio, parece agitar ya la atmósfera de nuestra joven primavera; que cada uno siente el leve rumor de una agitación de ánimo que, poco a poco, nos irá formando un nudo en la garganta irremediablemente.

Al clarear el primer día de esta Semana, los hermanos se congregan alrededor de mesa y mantel. Han pasado ya los tiempos en que a ello eran invitados por mediación del muñidor, oficio desaparecido en la actualidad, pero siguen puntuales a la cita.

Es Domingo de Ramos.

Reunión fraternal en la mañana pura y clara, la del triunfo, efímero por humano, de Jesús representado por su entrada triunfal en la Ciudad a lomos de un borrico, presagio del Triunfo con mayúscula del que seremos Testigos el día de la Pascua.

Le hemos visto pasar, rodeado de una gran muchedumbre bajo el Arco de las Nieves. «Según Él iba, extendían sus vestidos en el camino». Nos hemos sumado al coro de los que gritaban «¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y Gloria en las Alturas!».

Pese a ello ¿cuántas veces nos hemos unido, so pretexto de escándalo, al coro de los Fariseos que pidió a Jesús reprendiera a sus discípulos aquella actitud?

Las palmas y los ramos de olivo en manos de los niños, preferidos de Jesús por su franqueza y sencillez, nos recuerdan cada año a la sombra de la torre de Santa María lo efímero de la lisonja humana. La misma muchedumbre que recibe a Jesús triunfalmente en nuestra Ciudad como un vecino más, pide su crucifixión en las horas tristes de Su Juicio y Condena.

Ya ha pasado el bullicio y los hermanos comparten el convite que ofrece el Mayordomo.

Nuestros Gremios conservan –a diferencia de lo que ocurrió con el Muñidor– la figura del Mayordomo.

Aquí los veis hoy entre nosotros, con el porte de gravedad y orgullo que imprime «servir» el Paso.

Ocasión que cada hermano espera como acontecimiento principal en su vida –marcada con un antes y un después– que raras veces se repite; sirve también para el recuerdo de esos acontecimientos locales marcados en el sentir y memoria de las gentes, cuya cronología se fija en función de quien sirvió dicho año determinado Paso.

Oficio, el de Mayordomo, que es, ante todo, servicio a los hermanos –reflejado en esa expresión tan nuestra de «servir el Paso»–; y que se renueva cada año como reflejo de la renovación propia de la continuidad de la vida.

Se provee su designación por unánime acuerdo de la Junta de Hermanos, sin otro privilegio que el de antigüedad en la lista; como solemnemente proclaman las Reglas del Gremio y Hermandad de la Flagelación redactadas en 1814 al decir «porque lejos de creer no haya Mayordomo que sirva al Santo Paso podría suscitarse alguna diferencia entre los hermanos sobre preferencia para serlo, declaramos que de hoy en adelante deberá servirse por antigüedad».

Alrededor del Mayordomo –los días de Jueves y Viernes Santo– volverán nuevamente a reunirse los hermanos, en la costumbre del refresco previo a la asistencia de los actos y procesiones oficiales. Es ocasión de pasar lista; compartir frugal colación; tallar, a tiro de cordel, a los hermanos que portarán el paso para fijar sus puestos: cadena, palotes, ejes (siempre asignados en función de su altura) y para igualarlos, luego, en el sufrido servicio de sacar el paso por medio de los suplementos que procedan, de modo que el peso, dulce para los hermanos, se reparta de forma igualitaria entre todos.

Es el momento de la emoción contenida durante todo el año, del reencontro entre los hermanos desperdigados. La atmósfera se hace emotiva en el recuerdo de quienes en este año que ha pasado nos han dejado.

El Mayordomo designará al tapetán y, entre tanto el instrumento permanece a la espera de quien haya de arrancar sus redobles, los jóvenes aspirantes aprenden de los hermanos mayores su redoble característico, del que recibe su nombre.

No faltéis. Acudid a Santiago.

Se han apagado los ecos de la rememoración de la Última Cena de Cristo en la que el Sacerdote, el mismo Cristo, ha lavado los pies a los doce apóstoles –incluido el que lo habría de entregar– que también ha mojado su pan en la misma fuente.

El Templo es un hervidero de almas. Se ultiman los preparativos para la procesión.

Las primeras luces del crepúsculo tiñen el cielo, pero parece que ya es madrugada. Acabada la Cena, Cristo se ha retirado a orar al Padre. Sabedor de su Misión Salvadora, como Hijo de Dios, sufre como Hombre y afectado por la flaqueza de su condición humana suplica al Padre que pase de Él el Cáliz del Martirio.

Al final se impone al hombre el designio del Padre, la Misión para la cual se ha hecho hombre, como nosotros, encarnándose de María, la Inmaculada.

Vedle en el silencio de la noche. Ved cómo el cáliz colmado por la amarga mirra de la misión Redentora está frente a sus ojos; cómo el temblor del sufrimiento humano agita todo su Ser; cómo las ramas del olivo se estremecen y aún rozan el dintel de la puerta de la Iglesia al salir a la calle, mientras las almas de los hermanos suspenden el peso del Paso en sus brazos para alzarlo luego al hombro.

Los ojos de Cristo fijan su mirada en el Padre. Ved en ellos la aceptación, sin reservas, de su Designio.

Entre tanto, ajenos a la tragedia, con la confianza del hombre sencillo, los discípulos escogidos que lo acompañan duermen al abrigo de la noche.

De pronto, se acrecienta un rumor de voces: ¡han detenido al Maestro!

Aún no se ha borrado de nuestras retinas la escena de la tensa agonía de su oración nocturna.

Como un aldabonazo la noche se ha roto; gente armada ha conducido a Jesús ante el Sanedrín.

Desconcierto. El supremo órgano de los príncipes del pueblo judío reunido de madrugada, algunos de sus miembros están ausentes y otros no han sido avisados.

Caifás, ante el silencio de Jesús ha proclamado «Te conjuro por Dios vivo a que me digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: tú lo has dicho. Y yo os digo que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder y viniendo sobre las nubes del cielo».

¡Ha blasfemado! Reo es de muerte.

El delito es la Verdad.

Al despuntar la mañana lo han llevado al pretorio. Corred pues, quizá desde lo alto de aquella torre de Santa Cruz podamos ver lo que está ocurriendo en el recinto de la milicia.

Ved al Salvador. Inocente y condenado por ser la Verdad, y por aquellos que pretenden imponer su verdad.

Atado a la columna del suplicio, presto a recibir un castigo injusto; entregado a la soldadesca por Pilato, paradójicamente, para tratar de librarlo de la Muerte que sólo él, como Cónsul de Roma, puede ejecutar.

Los soldados se mofan de Él; sus insultos y burlas llegan a nuestros oídos; el rostro de Cristo recibe sus golpes y salvazos –vedlos cómo lo empañan–; los azotes mellan su espalda... ¡Cuánto dolor!

La Sangre de Cristo fluye de sus heridas y empapa sus ligaduras.

Cristo no profiere queja; los leves gemidos de dolor que emite son imperceptibles entre el tumulto de los soldados que, curtidos en mil combates, toman la tarea como un pasatiempo.

Ved la mirada del Amor; esa mirada que, hábilmente reflejada por el artista en esta Imagen de Cristo que nos preside, es capaz de transmitirnos el regalo de la fe.

Para presentarlo ante el pueblo, lo han coronado de espinas. Un griterío ensordecedor se alza a nuestro alrededor, y ante la sorpresa de nuestro silencio surge la condena de la muchedumbre.

¡Crucifícale!

Oíd a Pilato «Ahí tenéis al hombre... Tomadlo vosotros y crucificadle, pues yo no hallo en Él motivo de condenación». Y ante el silencio momentáneo de la multitud, quien ha roto todas las formas legales de la ley hebrea pa-

ra el enjuiciamiento de Jesús, se ampara –buscando cubrir sus intereses– en la Ley. «Nosotros tenemos una ley y según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios». «Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey va contra el César». «Nosotros no tenemos más rey que el César».

¡Crucifícale!

Silencio. El camino hacia el calvario se acompaña con las graves notas de la Banda de música, en los compases de las marchas fúnebres que tanto calan en el ánimo de nuestro pueblo. La imparable tragedia discurre entre nuestras calles y al son de aquellas los hermanos bailan los pasos en la calle Mayor. Abrid bien los ojos, los del rostro y los del alma, y veréis cobrar casi vida a las imágenes de madera en la atmósfera de la noche ríosecana. Aún Cristo no ha muerto, pero el luto parece envolverlo todo.

María ¿dónde está?

La vemos en su atalaya del Arco de Ajújar contemplando –rota– el paso del Hijo. Ha llegado, como nosotros, hasta aquí atraída por las noticias que corren por la Ciudad. Su corazón de Madre se desgarró y ofrece al Padre su total entrega, recordando silenciosamente, en su corazón la respuesta que, sin sombra de duda, dio a Gabriel. ¡He aquí la esclava del Señor! ¡Hágase en mí según su Palabra!

Los rostros de los hermanos, sudorosos por el cansancio, reflejan el esfuerzo y la emoción. ¡Oído! a una voz del cadena ejecutan la rodillada. Los tableros se inclinan ante la Señora. Es desagravio humano al daño que los hombres causamos a su Hijo.

Se produce una pausa en el drama. Es momento de esfuerzo y de oración colectiva: la de los hermanos que cargan el paso en su esfuerzo por hacerlo con la mayor dignidad y perfección posibles; la de quienes lo alumbran, cuyo ánimo también está bajo el tablero; la del aplauso del público; la de las lágrimas que despuntan en los ojos de quienes tantas veces han acudido hasta este rincón a ofrecer a la Madre la oración de su esfuerzo y el ofrecimiento de todos sus anhelos.

Y ahí lo veis. Jesús es despojado de sus vestiduras, dejando al aire su herida desnudez; arrancada su Túnica a redopelo. Los soldados, acostumbrados a la sangre e insensibles a lo que ocurre a su alrededor en esta tierra de extranjeros, reparten sus vestiduras y echan a suerte entre ellos la Túnica que era sin costura, tejida toda desde arriba. Entre tanto, un menestral de la guardia, efectúa los preparativos materiales para el suplicio, ayudado por aquel hortelano que vimos, quien, subyugado por la tragedia, lejos de huir del lugar, empieza su conversión personal.

¡Oído!

El cadena llama a los hermanos y éstos se arraciman en torno al tablero; hincan sus rodillas en tierra y elevan al cielo su silenciosa plegaria colectiva. Cada hermano sabe lo que tiene que hacer; asume su responsabilidad en la tarea colectiva. Los pulsos se aceleran; el frío relente de la tarde se

cuela en el interior de la capilla de los «Pasos Grandes». Todos pendientes de cada movimiento y sordos los oídos de todos a lo que no sea la indicación del «cadena»; ...a lo lejos se presiente al pueblo que –en el corro de Santa María– se ha reunido como cada Viernes Santo.

«Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena» aquella a la que había recibido y perdonado y que tanto escándalo causó entre sus discípulos, ¿os acordáis?

Pero, ¿dónde están sus discípulos?

Pedro, Cefas, la piedra angular de la Iglesia en ciernes, atemorizado, lo ha negado tres veces y, amargado, llora desconsoladamente su cobardía.

Judas, el traidor, se ha colgado tras haber arrojado en el atrio del Templo las treinta monedas de plata que recibió de los escribas y fariseos y cuya devolución rechazaron por precio de sangre. Los mendigos (nos han contado) tenían reparo en recoger públicamente aquel dinero manchado con la Sangre del Cordero.

No vemos a ningún otro entre la muchedumbre.

¡Esperad! Aquel es Juan, el hermano de Santiago, el hijo de Zebedeo. Podemos reconocerle entre el gentío. Se acerca al lado de María y las demás mujeres.

«Jesús viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo; luego, dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo Sed. Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en una caña de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la llevaron a la boca». Bendito gesto de piedad entre los soldados cuyos corazones, hasta ahora insensibles, comienzan a comprender la Verdad de Cristo.

Estamos fijos ante las escenas que se suceden frente a nuestros ojos. «Era ya como la hora de sexta y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, obscureció el sol y el velo del templo se rasgó por medio. Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre en tus manos entrego mi espíritu; y diciendo esto, expiró». (San Lucas 23).

La tierra parece temblar bajo nuestros pies. Escuchad al Centurión que manda la tropa su profesión de fe: «Verdaderamente este hombre era justo».

Pasan los minutos y nuestros corazones meditan la grandeza de todo cuanto está ocurriendo.

«Vinieron los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaban crucificados en El; pero llegado a Jesús» como estaba ya muerto, «no lo rompieron las piernas, sino que uno de los soldados», el llamado Longinos, muy conocido en la Ciudad, «le atravesó con su lanza el costado, y al instante, salió sangre y agua». (* San Juan)

Ese chorro abundante de sangre y agua, que es Amor, rocía y perla el rostro de los veinte hermanos, revestidos de albas túnicas, que, casi milagrosamente, sostienen la escena al ras del suelo, convirtiéndonos, cada uno

de los que la presenciamos, en una figura más del inmenso paso de la Crucifixión de Cristo.

Y Juan, el discípulo, testigo de primera fila, levanta acta de lo que por sus sentidos ha percibido y proclamará: «El que lo vio da testimonio; y su testimonio es verdadero; él sabe que dice Verdad para que vosotros creáis».

Del mismo modo, a la vista de todo cuanto ocurre en Rioseco y sus calles, podréis decir también vosotros, junto conmigo, en este año de 1998, que hemos presenciado la crucifixión de Cristo; que hemos presenciado, por vez primera o un año más, la salida de los Pasos «grandes» de Medina de Rioseco.

Cristo en la Cruz. Bandera de Salvación. Santo Cristo de los Aflicidos al que diariamente acuden los hijos de este pueblo para presentarle sus culpas y ofrecerle sus alegrías. Santo Cristo de la Paz, a cuyos pies se juntaron los riosecanos que regresaron del horror de la guerra, en el alborear del siglo XVIII, y hoy siguen haciéndolo sus fieles y devotos ante tamaña expresión de la humana divinidad de Cristo muerto.

Ya no hay algarabía, sólo las graves notas de las marchas que interpreten las bandas de música. Imagen y sonidos que acunan nuestra alma. El cuerpo de Cristo es descendido de la Cruz. José de Arimatea y Nicodemos se encargan de ello; desclavan y descienden el cuerpo muerto del Maestro, lo depositan brevemente en brazos de la Madre, en postrer despedida terrenal; lo ungen de aromas y lo conducen en una parihuela camino del sepulcro.

En silencio, se forma al cortejo, al que nos sumamos. El cuerpo del Cordero, Víctima inocente, transmite paz y allí, en el Sepulcro reposa.

La rapidez de los acontecimientos no nos hace comprender qué es lo que ha ocurrido. Aquel triunfo de Jesús ha acabado en derrota. Hemos permanecido inmóviles, durante el suplicio, a la espera del milagro. Ya no puede ser. Cristo ha muerto.

La Madre sola. Su corazón roto, está traspasado por la punzada del sufrimiento que la ahoga. Soledad. Soledad y dolor. Juan, el amado, ha acogido en su casa a la Madre, pero está sola. Quizá por necesidad en esta hora.

Soledad y aceptación de la voluntad del Padre.

Ved ese corazón traspasado por los siete cuchillos, postrada por el inmenso peso de su dolor de Madre.

Madre que pueda yo enjugar con mi oración y testimonio de fe, Tu dolor. Que pueda yo, el más humilde de tus hijos, extender el mensaje de Paz y fraternidad de Tu Hijo, después de tanto sufrimiento. Que pueda dar testimonio de la fe en mi vida. Madre, necesito tu ayuda y te la pido inoportunamente en esta hora en que Tú más sufres, porque una Madre no abandona jamás a sus hijos.

Oración y silencio.

Templad el ánimo. Alumbrad la esperanza. La serena calma de la noche castellana presente el alborear del nuevo día.

Reunidos los fieles bajo las majestuosas bóvedas de Santa María, saben que la Semana Santa aún no ha concluido.

Todo el sentido de la Pasión de Cristo se nos muestra como Luz cegadora que ilumina el mundo. Cristo ha resucitado.

Esta es la Gran Verdad que impregna por los cuatro costados la Semana Santa de Medina de Rioseco.

La Semana Santa –en cuanto al mensaje universal de Jesús– no difiere, en Rioseco, de las que se celebran y rememoran en otras latitudes, más o menos lejanas, de nuestra Patria. Sin embargo en Rioseco nuestras celebraciones adquieren su sello singular en el momento en que se conjugan los elementos diferenciadores propios: sus gentes, aglutinadas en las dieciséis cofradías existentes en la ciudad; su geografía urbana; y sus irrepetibles tallas y pasos procesionales.

Consultad en los programas, que edita tan magníficamente cada año la Junta de Semana Santa, los Gremios y Pasos que existen en Medina de Rioseco; los primeros de una larga tradición histórica y los segundos de una gran calidad estética y artística.

Así, la Cofradía de la Oración del Huerto alumbraba un singular paso surgido de las gubias de la escuela castellana del XVII; la de Jesús Atado a la Columna una imagen de Gregorio Fernández; la de la Flagelación un conjunto, que aquí podéis admirar en su factura renovada que, de un modo magistral, combina las trazas de la imaginería barroca castellana del XVII, con la joven gubia contemporánea del escultor enamorado de nuestra Semana Santa.

Es también notable el magnífico paso que porta la Cofradía del Ecce Homo, obra de Claudio Tordera.

Fijaos en que las Cofradías de Jesús Nazareno de Santiago, y la de Jesús Nazareno de Santa Cruz, alumbran sendos pasos de Gregorio Fernández y Juan de Muniátegui.

La de la Desnudez, el paso conocido como «el Redopelo», obra de Vicente Tena, de nuestro siglo, que encaja admirablemente con la tradición de pasos de nuestra Ciudad.

La Cofradía del Santo Cristo de la Pasión, alumbraba una preciosa imagen de Cristo vivo, obra de Juan de Muniátegui.

Las Cofradías de la Crucifixión y del Descendimiento procesionan los conocidos como «pasos grandes» de esta ciudad. Monumentales composiciones de Tomás de Sierra y Francisco Díez de Tudanca, designados popularmente como el paso de «longinos», el primero, y de «la escalera» el segundo.

La Cofradía del Santo Cristo de los Afligidos, porta una talla precursora de la escuela barroca castellana del XVI; y la del Santo Cristo de la Paz la impresionante talla de Antonio Martínez.

Las Cofradías del Santo Sepulcro y de la Resurrección sendas tallas de Mateo Enríquez y Gregorio Fernández.

Conscientemente, dejo para el final de mi enumeración a las cofradías Marianas, dedicadas a la Madre. La de la Piedad, devoto gremio de una imagen de Rodrigo de León, del siglo XV; la Soledad de Dionisio Pastor, del XIX; y la Dolorosa, atribuida a Juan de Juni, en el siglo XVI y que enumero ahora, sin otro orden preconcebido, como expresión de mi personal devoción a la Virgen de los Cuchillos de Valladolid, de la que soy cofrade desde niño.

Los compases de «la Lágrima», adoptados por Rioseco como himno propio y caracterizador nos transportarán a lugares y situaciones que sólo en Rioseco pueden tener lugar: al atrio de Santiago, cuando sale la procesión del Jueves Santo; a la calle Mediana, cuajada de faroles encendidos y sufridos hermanos que portan trabajosamente los pasos camino de la Rúa Mayor; la fría soledad del Corro de San Miguel; la mágica calle mayor escenario del milagro que supone que el sentir de nuestras gentes, al bailar los pasos, haga cobrar vida sus figuras; a la Plaza Mayor donde las torres de Santa María, Santa Cruz y San Francisco velan en la noche a los gremios y hermandades; el corro de Santa María, a la salida de los Pasos grandes el Viernes Santo...

En fin, el arco de Ajújar donde todo Rioseco hinca en tierra su rodilla en actitud de reverente pleitesía a la Madre, acompañándola en su Dolor.

Y, cómo no, esas Salves Riosecanas, ante sus Vírgenes, a las puertas de sus Templos. Plegaria constante.

Cuando pasen estos días, volverá la calma a nuestras calles, las cofradías, gremios y hermandades se recogerán y la mayor parte de los pasos quedarán expuestos en la Iglesia de Santiago, salvo La Crucifixión y El Descendimiento que permanecerán en su Capilla, en el corro de Santa María. Pero volverá la Semana Grande y cobrarán de nuevo vida las escenas de la Pasión, por obra del espíritu de sus gentes.

Acercaos a Rioseco; sentid el latido que surge del pecho de todos y cada uno de los riosecanos. Si habéis venido antes, reviviréis aquella primera vez; si esta es la primera, tened la certeza de que lo que aquí presenciáis no os dejará indiferentes.

Así será porque Rioseco posee un secreto tesoro que no es ajeno a todo cuanto en esta Ciudad ocurre. No es otro que dos comunidades de religiosas, hijas de Santa Teresa y Santa Clara, que incansablemente elevan su oración al Padre por todos cuantos bajo la bóveda del cielo se congregan al abrigo de estos muros. En su consecuencia todos somos beneficiarios de su encomienda.

Hoy, día 4 de abril, del año de Gracia de Nuestro Señor de mil novecientos noventa y ocho, Sábado de Pasión, Víspera de la Semana Grande, os anuncio a todos del modo más solemne que en Medina de Rioseco es ya

Semana Santa. Es hora de que calle la voz del pregonero y estas palabras que acabo de pronunciar, duerman en escrito Pregón que a modo de acta notarial he querido levantar hoy para que quede perpetua memoria de todo ello a vosotros que me escucháis, sean del lugar o de fuera, y a las futuras generaciones que tengan noticia de ello.

A partir de ahora tienen la palabra el pardal, los tapetanes y, sobre todo, las gentes de Medina de Rioseco.

En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Medina de Rioseco, 4 de abril de 1998

COLABORAN:

